

UNA PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO

Pedro MUERZA, Enrique PASTRANA, Regina GONZÁLEZ, Beatriz REOYO, Rosa BELZUNEGUI, *La violencia sobre la mujer*, Prólogo de J.L. Slimobich, Instituto de Psicoanálisis de Pamplona, Ediciones Eunate, 2005.

La violencia sobre la mujer, concretamente la violencia doméstica o la violencia sufrida por las mujeres a manos de los hombres con quienes comparten o han compartido sus vidas, es el tema tratado por estos autores. El estudio va dirigido en particular a lo que ellos mismos denominan como una «aproximación fructífera» hacia una teoría general del maltrato que dé cuenta de sus causas. Una teoría que será abordada desde el discurso psicoanalítico y, más concretamente, a partir de sendos psicoanálisis freudiano y lacaniano. El libro se compone de dos partes, dedicando la primera de ellas a relatar los textos de casos reales de malos tratos y donde se comentan y analizan los testimonios de las mujeres maltratadas así como sus intervenciones durante los trabajos en grupo donde ellas cuentan, en primera persona, sus impresiones acerca de la violencia que sufren. La segunda parte es un ensayo de lo que aspira a ser una teoría de esta violencia ejercida sobre la mujer a partir de las conclusiones obtenidas en la primera parte. Además, los autores incluyen otro apartado al final de la obra donde abordan aquellas cuestiones más frecuentes con las que se han encontrado en el transcurso de distintos foros, y un epílogo dedicado a la problemática de la violencia en el momento presente en el que tratan las relaciones entre los sujetos en una sociedad eminentemente capitalista.

Ya en el prólogo podemos advertir las claves que van a dirigir la lectura. Slimobich, psicoanalista reconocido, que es quien lo escribe pero también el supervisor de este trabajo, resalta la importancia de ver en la problemática de la violencia sobre la mujer un factor que considera primordial para el análisis en cuestión, y es lo que tanto él como los autores del libro recalcan una y otra vez, esto es, que también ellas toman parte en la violencia que les es practica-

da, que son cómplices de esa violencia: «La mujer participa, activamente, en aquello mismo que la perjudica»¹. Una violencia, por otra parte, que deberemos entender que «surge naturalmente» puesto que la violencia será entendida aquí como un componente más de lo cotidiano: «los seres violentos son obligados a practicar la violencia, porque el mundo humano incluye la violencia como cotidianeidad, tal como incluye la lluvia»². Es más, añadirá Slimobich, «la violencia acude al hombre como un modo de suturar el aburrimiento, la desidia, el lento pesar de los días, la tranquilidad, el tedio... el lento devenir del sueño hacia la muerte»³. Lo que se nos muestra es la idea de que la violencia habita nuestras vidas, la vida humana, y que frente a la vida animal, habitada por señales de supervivencia, esa vida humana, la del hombre, como señala Slimobich, «nace al vacío», sin un camino a seguir previamente diseñado. Y es, continúa, en ese vacío, donde anida la rutina que, con el paso del tiempo, favorece el incremento de la violencia.

Centrándose en el caso que nos atañe de la violencia sobre la mujer, Slimobich sitúa el asesinato en relación al amor despedido, la traición o el deshonor. Y afirma que «el problema de la violencia sobre la mujer prosigue en las sociedades más avanzadas, donde la desigualdad ha sido prácticamente eliminada —a lo que añade— esto es así, esto es real»⁴. Este pensamiento que abarca la totalidad de la obra y que pasa por alto una discriminación económica, social y cultural real de las mujeres, pone el acento en que las causas complejas de los malos tratos debemos buscarlas no en un sistema que discrimina sistemáticamente a las mujeres, sino en los factores inconscientes, y, sobre todo, en los factores del inconsciente femenino. Y no es, alegan los autores, que el hombre no sea responsable socialmente del maltrato que ejerce, sino que la

¹ MUERZA, P., PASTRANA, E., GONZÁLEZ, R., REOYO, B., BELZUNEGUI, R., *La violencia sobre la mujer*, Instituto de Psicoanálisis de Pamplona, Eunate, 2005, p. 18.

² *Ibid.*, p. 7.

³ *Ibid.*, p. 8.

⁴ *Ibid.*, p. 19.



mujer es más responsable de lo que cree, sólo que no es consciente. Y así es como en la introducción al libro la violencia sobre la mujer es definida como «un asunto de sujeto y no de género»⁵. La violencia de género no es contemplada, de ahí que el título sea «La Violencia sobre la mujer», y no «La violencia contra la mujer».

Este trabajo que se presenta como riguroso tanto a nivel teórico como a nivel práctico, va a tomar, como decíamos, los testimonios de las mujeres maltratadas como la clave a partir de la cual se tratarán de revelar las causas de los malos tratos. Todas las mujeres consultadas, recalcan los autores, coinciden en situar las causas fuera de ellas, en el «otro», insistiendo en una dialéctica culpabilidad-inocencia que les hace vivir la situación de violencia como algo externo. Sin embargo existen, según estos psicoanalistas, claros indicios de que ellas participan en la manifestación de esa violencia que sufren. Comentando lo expresado por ellas, señalan que para la gran mayoría de estas mujeres se trata del primer y único hombre en sus vidas. Ese hombre aparece ante ellas como el ideal romántico, «el príncipe azul» que no alberga defecto alguno. Como resultado se pone en marcha un proceso de fascinación, exaltación, encantamiento y dependencia del objeto amoroso. Cuando ese amor o esa fascinación van decayendo el amor da paso al odio. Y aquí conviene señalar la distinción que realizan entre violencia y agresividad. En el caso citado en el que las víctimas han profesado un «amor ciego» por sus parejas, se encuentran con que no existe separación entre el ideal y el objeto. Y así, los hombres que un día aparecieron ante los ojos de estas mujeres como la encarnación de lo bello y lo sublime pasan a encarnar el mal, no hay término medio entre amor y odio porque se llevó a cabo una identificación primaria entre el ideal y el objeto. Se desencadena la violencia. Sin embargo, cuando la identificación entre el ideal y el objeto es parcial, caso en el que las mujeres ven en su pareja a una persona con virtudes pero también con ciertos defectos, hablan de una agresividad que tachan de normal, un «amor normal».

⁵ *Ibíd.*, p. 30.

Los autores hablan del «sujeto supuesto saber» (sSs), un concepto psicoanalítico ligado al término de transferencia y que hace referencia al proceso por el cual convertimos al «otro» en único responsable de todo lo que nos pasa. Pues bien, en el caso citado anteriormente en el que tiene lugar la identificación entre el ideal y el objeto, esto es, en el caso en el que la mujer idealiza a su pareja experimentando lo que citábamos como un «amor ciego», vinculado a un primer y único amor, ese «sSs» es su maltratador. Las consecuencias de esta identificación de la pareja con el «sSs» es que, para ellas, ellos devienen los únicos responsables de la buena o mala marcha de sus vidas, de las vidas de ellas. Siendo así que al sufrir situaciones de malos tratos no suelen pedir ayuda. Si su pareja es la única responsable es también el único que tiene el poder para cambiar la situación. Porque en ese caso él aparece como onnisapiente, lo sabe todo sobre «el amar y el hacerse amar». Es tal la declinación de responsabilidades en el «otro», señalan los autores, que se les achaca la capacidad para adivinar los pensamientos más «ocultos», ellos saben más que ellas mismas. Esto vendría a generar un proceso persecutorio, esto es, un proceso por el cual la mujer trata de retrotraer al marido al punto de partida, cuando aún reunía todos los requisitos del ideal romántico.

Así las cosas, en estos casos citados en los que al hombre le es asignado ese lugar del «sSs», los autores se encuentran con mayores dificultades a la hora de conseguir una apertura del inconsciente, no así en aquellos otros casos de mujeres que han sido víctimas de malos tratos a manos, no de un primer y único amor, sino de varias parejas. En este caso, afirman, las mujeres están más abiertas a la cuestión del porqué se encuentran una y otra vez inmersas en la misma situación y, por lo tanto, resulta más fácil la apertura de su inconsciente.

La segunda parte del libro da paso al desarrollo de conceptos psicoanalíticos que pueden, dicen, aproximarnos a las causas de la violencia sobre la mujer. Los autores señalan la necesidad de estudiar el problema siempre en relación al contexto actual, donde predomina el discurso capitalista; es, anuncian, la civilización del odio. Se trata, especifican, de un momento histórico





en el que la violencia ha sufrido una expansión antes nunca vista. Hablan de pandemia. Una violencia generalizada que en este caso concreto de la mujer insisten en tratar no como violencia de género sino como violencia sobre el sujeto. Es así, tal como señalábamos anteriormente, que rechazan nombrar el fenómeno como «violencia contra la mujer», ya que la preposición «contra» establece una oposición respecto al género. Y dedican una buena parte de la obra a tratar el concepto de sujeto: «El sujeto para el psicoanálisis no es el yo ni es el individuo ni la persona; en todo caso, podría hablarse, del individuo afectado de inconsciente»⁶. Es «transindividual», «va más allá del individuo». Y actúa, en palabras de los autores, como una especie de bisagra entre lo singular, donde habita lo pulsional, y lo universal. Se supone, además, siguiendo los estudios freudianos de 1930, «la existencia de una maldad radical, constitutiva en el ser humano... tendencia agresiva que el sujeto percibe tanto en sí mismo como en los otros y que es el factor que perturba y complica los vínculos que el ser humano establece con sus semejantes»⁷. Esa maldad es, afirman, generada por el discurso capitalista, el cual forja epidemias de odio dentro de las cuales podemos encontrar la violencia sobre la mujer. Ahora bien, el sujeto agresor no puede ser eximido de responsabilidad. Al encontrarse, como decíamos, entre lo singular y lo universal, adopta una responsabilidad subjetiva que no puede eludir. La reacción de ellos una vez que la mujer deja de proyectarlos como seres ideales, como el ideal romántico, es de pérdida. Experimentan un vacío existencial. Los autores utilizan los términos de engaño y trampa. Las mujeres, al idealizar a sus parejas identificando el ideal con el objeto, engañan a los hombres a los cuales idealizan, les colocan en ese lugar de «sujeto supuesto saber» para más tarde arrebatárselos esa posición privilegiada lanzándolos así al vacío más absoluto. De ser el objeto amado, idolatrado, pasan a ser lo opuesto, el objeto odiado, rechazado. La violencia sería la respuesta. Es entonces

que las soluciones que se aportan apuntan al trabajo con las mujeres. De lo que se trataría es de conseguir conmovir esa estructura rígida que poseen las mujeres víctimas de maltrato, pues en su idealización de la pareja, junto con el neoliberalismo capitalista imperante, se hallarían las causas de la violencia sobre ellas.

Frente a la postura de los autores, consideramos la necesidad de un estudio de cuáles sean las causas de la violencia de género que no se limite al análisis de los factores inconscientes combinados con ese contexto general de violencia generalizada que destacan. Un estudio que también tome en cuenta las teorías sociológicas que entienden que la identidad se construye a través de un proceso tanto social como cultural, sin olvidar el histórico. Veámos el caso de mujeres que habían tenido varias relaciones con diferentes parejas siendo en todas ellas víctimas de malos tratos y abusos, esos casos ponen de manifiesto que las mujeres no son ajenas a la violencia que sufren, y aquí resultan esclarecedores los estudios psicoanalíticos. Sin embargo, esto no debe excluir, como digo, los factores históricos, sociales y culturales que están influyendo en la problemática de la violencia contra la mujer. No conviene olvidar que nos encontramos en una sociedad patriarcal que si bien ha cambiado en la forma y los métodos de producirse, no lo ha hecho en su contenido. Y ese proceso de naturalización de las desigualdades sociales existentes no hace más que impedir comprender el fenómeno en cuestión. De ahí la necesidad de recalcar el hecho de que también existen desigualdades de género que están favoreciendo la violencia de los hombres contra las mujeres. Desigualdades que se reproducen a través de las instituciones como la escuela, la familia o la iglesia, mitos y saberes populares machistas que enfatizan el ideal de amor romántico en la mujer ayudando a que ésta sufra y asuma la violencia del hombre que esos mismos mitos insisten en calificar de figura dominante. Y es que el sistema patriarcal empuja al hombre a asumir el papel dominante mientras que a la mujer se la conmina a acatar el de subordinada frente al poder masculino.

La naturalización de la violencia en este contexto resulta peligrosa, pues puede llevar a la afirmación de que el hombre es violento porque

⁶ *Ibíd.*, p. 67.

⁷ *Ibíd.*, p. 70.

no puede no serlo. Y si esto fuese así, la mujer maltratada lo es sin que nada se pueda hacer para evitarlo. La rutina en la pareja sería, entonces, la causante de un incremento progresivo de la violencia naturalmente exteriorizada hacia la mujer que con su propia actitud⁸ habría propiciado. Culpabilizar a la víctima es otro riesgo que no debemos correr. Porque si decimos que la mujer busca su propio destino como víctima de malos tratos estamos convirtiendo el problema en una cuestión individual y no social y cultu-

ral. A esto se alude más arriba cuando los autores afirman que la violencia contra la mujer no es por ellos entendida como violencia de género. Denunciamos, pues la persistencia de valores androcéntricos que estarían perpetuando la subordinación femenina. Ese supuesto mundo en el que las desigualdades se encuentran prácticamente erradicadas no es el mismo, ya quisiéramos, que denuncian las voces feministas.

Lucía ACOSTA MARTÍN

⁸ Actitud consistente primero en la idealización absoluta del «otro», dando lugar a lo que hemos expresado como sentimiento de «amor ciego», para luego pasar al odio.